

EL OPUS DEI COMO EMPRESA HUMANA Y SOBRENATURAL

ENRIQUE DE SENDAGORTA*

En este artículo se establece una analogía entre la fundación y el desarrollo del Opus Dei y la creación de una empresa: la Obra nació pequeña y desde sus primeros años tuvo que superar graves dificultades. Paralelamente, cuando una empresa nace, su promotor no conoce con precisión todas las circunstancias humanas y materiales del entorno, ni es capaz de predecir las variantes que surgirán ni su proceso de crecimiento.

Palabras clave: *Opus Dei, Beato Josemaría Escrivá, empresa.*

EL 2 DE OCTUBRE de 1928, el Beato Josemaría Escrivá vio inequívocamente lo que sería, en los siglos venideros y hasta el fin de los tiempos, el Opus Dei, que venía a recordar a los cristianos que Dios convocaba a ser santos a todos los hombres y mujeres del mundo, precisamente desde sus ocupaciones corrientes, sin diferencia alguna entre pueblos, razas,

posiciones sociales, ni culturas. Sus barruntos, sus intuiciones parciales, su búsqueda de años a ciegas, fueron definitivamente superados por una iluminación que le hizo ver la Obra, no suya sino de Dios.

Este mensaje divino, universal, viejo como el Evangelio y, como el Evangelio, nuevo, era una innovación sorprendente, un recomenzar cristiano en la

* Enrique de Sendagorta es expresidente de Sener y presidente del Instituto Empresa y Humanismo.

470

modernidad que llevaba consigo la misión apostólica de difundirlo hasta el último rincón de la tierra, para lo cual precisaba la institución que fue suscitada por el Señor en el dócil receptor de su mandato. El Opus Dei era de Dios y el Beato Josemaría Escrivá fue elegido para llevar a cabo aquel designio.

Como hombre de fe que era, con confianza absoluta en la bondad de Dios, desde aquella hora, el joven sacerdote se convirtió en instrumento, burro de carga como decía de sí mismo, para llevar adelante la Obra. Ya bajo luces inequívocas empezó el trabajo, que no cesaría hasta su aliento final en la tierra, de hacer que la semilla recibida creciera y se transformara en lo que había visto bajo la luz de Dios.

Tenía por delante una inmensa tarea sobrenatural y humana: la concreción y articulación de los principios nucleares de la Obra, su estructura orgánica, su institucionalización en la Iglesia, la promoción de vocaciones, la formación de miembros y colaboradores, el apostolado que habría de brotar de la vida interior de todos los miembros del Opus Dei como el rebosar de agua

de manantial, las soluciones jurídicas, los programas de acción, los medios materiales y económicos necesarios empezando desde cero, la expansión por todo el mundo, las obras corporativas y tantos otros capítulos de servicio a la Iglesia y a las almas, implícitos en la misión a él encomendada.

Se trataba de alcanzar fines difíciles, de llevar a cabo una innovación transcendental que exigía trabajos arduos y gran valor. Era una empresa sobrenatural y también humana que vemos hoy comparable a las que recoge la historia y han quedado inscritas en la memoria de los pueblos. Cuando consideramos su magnitud y cuál fue el despliegue de virtudes del Beato Josemaría, su forma de hacer, impulsar, motivar, cooperar, comunicarse, su actitud permanente de servicio, su tenacidad, optimismo, magnanimidad y prudencia, vemos claramente modelado lo que es un verdadero y gran empresario, en el sentido amplio y más noble de la palabra.

La Obra nació pequeña y desde sus primeros años tuvo que superar graves dificultades. En sus inicios no siempre fue bien entendida por cristianos aferrados a ideas tradicio-

nales rígidas, poco coherentes con la perenne juventud de la Iglesia. En lo material todo eran carencias, salvo el apoyo de su familia y de unos pocos buenos amigos. Desde el año 1931 los católicos españoles sufrieron grandes persecuciones y el Beato Josemaría vio detenida su labor, dispersados sus aún pocos seguidores y cerrados o destruidos sus primeros centros de formación y apostolado; tuvo que vivir huido, esconderse y superar peligros de muerte hasta que, ya avanzada la Guerra Civil, azarosamente, consiguió llegar a Burgos, donde pudo proseguir su labor, aunque en las precarias condiciones materiales propias de aquella situación en la que tampoco le faltaron opositores, poco amigos de la libertad personal. En esos años la Obra apenas se desarrolló externamente, pero tomó fuerza interior, energía que el Beato Josemaría la comparaba a la acumulada por un muelle comprimido dispuesto para actuar.

Sucede muchas veces, cuando una empresa nace, que su promotor no conoce con precisión todas las circunstancias humanas y materiales del entorno, ni es capaz de prede-

cir las variantes técnicas que surgirán, ni los tiempos de su germinación y crecimiento, especialmente en sus primeros pasos, que pueden durar años. Tiene unos conceptos básicos seguros, aunque no del todo definidos, arranca con lo más próximo y, aunque no tenga acierto inmediato, con tenacidad prudente vuelve a tantear el terreno, se corrige y avanza otra vez decidido, pero sin precipitación. Es un error pensar que los empresarios tienen que ser grandes conductores, míticos, infalibles y brillantes, personas que lo tienen todo claro, que aciertan a la primera y que con su magnetismo atraen muy pronto el éxito. Contrariamente, lo más frecuente es que los promotores de las empresas que más han durado y servido fueran muy pacientes, reflexivos y sacrificados, y que su principal objetivo se centrara en hacerlas fuertes y duraderas. Su visión a largo plazo evitaba el zigzag, daba unidad a todos sus colaboradores, aseguraba la armonía del trabajo y robustecía la paciencia.

Así, el Beato Josemaría Escrivá actuó con gran prudencia y realismo al pasar de la potencia al acto, al empezar a

472

traducir a la realidad su visión de muchedumbres de cristianos del universo entero que, sin salir del mundo, con mentalidad laical, movidos desde dentro, transformando su trabajo bien hecho en oración, se santificaban en la vida ordinaria y movían a otros a sacrificarse, todo para el servicio de Dios y de su Iglesia. Estudió las organizaciones existentes por si alguna coincidía en el apostolado específico que iba a emprender, habló de sus ideales y ambiciones apostólicas a quienes podían entenderle y pidió consejos a personas doctas y santas. Le importaba lo que el Señor le había pedido, que la semilla recibida prendiera firme; le importaba la vida más que las muchas palabras que le podrían confundir o los planteamientos puramente teóricos.

Los cimientos del Opus Dei se hicieron con la roca de la oración y la argamasa de la mortificación: eran los recursos del Beato Josemaría. Sobre ellos el trabajo, el estudio y la búsqueda de la amistad y la confianza de sus conocidos y de las personas con que se encontraba. Paseos mano a mano, encuentros fortuitos y pequeñas reuniones en las que

el Beato proponía el camino nuevo y recibía, atentísimo, todas las reacciones, mientras pedía a Dios que le diera aquellas almas.

Las analogías de su acción con la del empresario que va haciendo germinar su idea aparecen por todas partes, salvo en que el Beato Josemaría contaba sólo con Dios y los fines de su empresa eran solamente sobrenaturales. Aquel vive a veces días de desaliento en los que no le parece que su idea sea buena, teme que vaya a fracasar, le tientan otras opciones de trabajo y le invaden dudas de todo tipo. También el Beato nos confiesa que él sintió el acobardamiento moral, la incertidumbre, el pensamiento de que la Obra pudiera ser solamente una ilusión falsa, una fantasía sin fundamento. Estuvo dispuesto a aceptar su aniquilamiento y así se lo planteó al Señor, que le confirmó en llevar adelante su iniciativa con confianza, con paz y alegría.

El Beato Josemaría también nos confiesa que el empezó a trabajar en el Opus Dei “a regañadientes” (Carta 24-XII-51, nº 429), como el empresario en momentos malos, que sigue casi solamente por el

compromiso que ha adquirido con algún capitalista, con un amigo colaborador o consigo mismo. El respondía solamente ante Dios, que le asistió siempre y que le concedió, abundantísima y recia, la gracia de la fe. Por eso superaba pronto los “baches”. Para que todos aprendieran a no dar demasiada importancia a los obstáculos y a la propia delicuescencia, años más tarde mandó grabar en un pedestal de piedra en el Colegio Romano de la Santa Cruz la siguiente frase:

Non est vir fortis pro Deo laborans, cui non crescit animus in propria rerum difficultate, etiamsi alicuando corpus dilanietur.

Al hombre fuerte le crece el ánimo en las dificultades cuando trabaja por Dios. Si el empresario trabaja solamente por el éxito personal, sólo por las cifras del balance, sólo por ser más competitivo y vencer, como sea, en el palenque de los mercados, un día u otro caerá en el remolino del compromiso con el mal y en la injusticia. Las personas que dirigen, además de hacerlo como buenos profesionales, deben tratar a sus colaboradores con lealtad y servirles para que

puedan ser mejores. Así lo hacía, paternalmente, el Beato Josemaría Escrivá, que nos dejó un gran ejemplo de cómo se delega y se transmite confianza. Con su ejemplo, enseñaba la delicadeza en el trato humano con todos, ejercitaba la caridad y hacia que el trabajo fluyera con eficacia y dejara siempre el buen sabor de la rectitud de intención: «Pro Deo Laborans».

En los mejores empresarios, y en el Beato Josemaría, hay principios básicos del “negocio” que no cambian y, junto con ellos, hay también estudio, escucha, actitud flexible para lo cambiante, esperanza y ganas de ir a más, a pesar de las dificultades y de las lagunas de conocimiento que se van eliminando al avanzar. Es interesante recordar que el Beato Josemaría recibió en 1930 una nueva iluminación para fundar la Sección de mujeres, de la que tenía una opinión previa contraria, y en 1943 la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, que era necesaria y hasta entonces no había sabido cómo desarrollarla. En un primer momento vio el Opus Dei como completa obra divina y lo confirmó en su disposición estructural sólo unos años más

tarde. Así sucede también en las empresas que, lógicamente por razones de necesidad y de vida, perfeccionan principios, objetivos o aspectos que no se consideraron en toda su concreción al principio.

Por ser de Dios, lo Trinitario empapa el Opus Dei. En el orden de lo humano también las empresas se hacen con el saber y la voluntad de crear, viven por el afecto de todos los que cooperan en ellas y crecen por su vigor interior y por su efusividad. Emprender es tratar de mejorar un mundo que nos gusta en sí aunque no nos gusta en sus limitaciones y defectos: pero lo queremos. Es cooperar en la Creación, no solamente con el progreso material, sino, sobre todo, con la participación en la tarea de hacer más humano el mundo. Emprender es una forma de “amar al mundo apasionadamente”, expresión de la que tanto gustaba el Beato Josemaría Escrivá, porque la empresa no es otra cosa que el servicio que presta a los demás: alumbrar riqueza, ofrecer bienes mejores y más asequibles, mejorar a las personas empleadas y servir a la sociedad. Por cada nueva empresa que despegas, se arranca de la

pobreza a un rincón de la tierra y se acrece la dignidad humana.

El buen empresario arriesga para, con no pocos desvelos, crear, construir y ganar para volver a invertir, de tal modo que su empresa dure en el tiempo y sirva cada día mejor. Su principal fin viene a ser la continuidad de la misma empresa. Sin embargo, la profesión de empresario no ha sido siempre justamente apreciada por los agentes sociales; por un lado se sentía su necesidad para producir bienes y servicios y especialmente para dar empleos y, por otro, se criticaban duramente sus supuestos o reales abusos. Se veía a los empresarios, en algunos casos -los menos- con razón, como personas de pocos escrúpulos, que procuraban siempre escabullirse de toda obligación gravosa y que, si tenían ocasión, no desperdiciaban los fraudes y rapiñas a su alcance. Así es como las empresas, sus dueños y sus gestores, se han movido entre el aprecio y la desconfianza, entre el respeto y la caricatura mordaz. Lejos de ello, cuando al Beato Josemaría Escrivá se le pedía su juicio sobre el mundo de los negocios y de las empresas, no entraba en la-

mentaciones sobre lo que los comerciantes o los industriales pudieran hacer mal, que estaba mal, sino que les llamaba a ser buenos profesionales y a hacer el bien en todos sus trabajos y actividades. “No hay en la tierra una labor humana noble que no se pueda divinizar, que no se pueda santificar”, decía mil veces según el contenido básico de su mensaje. Concretamente, ante los empresarios, tomaba los textos del Nuevo Testamento que respondían a la pregunta, y los comentaba brevemente: el encuentro de Cristo con Zaqueo, las Parábolas del tesoro enterrado en un campo, la de la perla de gran valor y sobre todo la de los talentos. El Señor castiga al administrador indolente que no hace nada por miedo y, sin embargo, al que multiplica lo administrado le premia: “Siervo bueno y fiel, porque has sido fiel en lo poco, toma el premio de tu Señor”.

Una y otra vez repetía que todas las profesiones honestas pueden y deben ser santificadas; desde la de aquella humildísima anciana india, madre de familia que, arrodillada, recibía el saludo lleno de respeto y de cariño del Beato Josemaría, también arrodillado, hasta la

de un hijo suyo, gran torero, que sabía ofrecer sus triunfos al Señor pasando por la de tantos empresarios a los que bendijo..., abrazó y animó con su expresiva simpatía: “¡Adelante!”.

Él se decía también a sí mismo: ¡Adelante!, como le pedía el Señor. Así sus ideas fueron calando, primero en España y, seguidamente, en los países a los que envió a sus hijos una vez terminada la Guerra Mundial. En todas partes, tras el apostolado personal y las nuevas vocaciones, surgían iniciativas sociales, residencias, centros educativos, agrupaciones de padres y clubes para jóvenes.

En 1952 nació la Universidad de Navarra y, unida a ella, en 1958, el Instituto de Estudios Superiores de la Empresa. La Obra, ya más poblada y fuerte, iba tomando cuerpo en la sociedad civil, al tiempo que, en lo eclesial, el Concilio Vaticano II, desde la confirmada llamada universal a la santidad, expresaba, con gran similitud, los conceptos fundamentales del Opus Dei: “los laicos deben buscar el Reino de Dios a través de la administración de las cosas temporales”, “el trabajo cotidiano es

476

una prolongación de la obra del Creador”, “la vocación es por naturaleza vocación al apostolado... en el mundo... a la manera de un fermento”. El Beato Josemaría fue reconocido como un pionero de la espiritualidad de los laicos, un revolucionario en la manera práctica de dirigir a la santidad a hombres y mujeres de toda condición. Al fallecer, el 26 de junio de 1975, el Opus Dei estaba extendido en los cinco continentes y contaba con más de 60.000 miembros de 80 nacionalidades. La pequeña semilla había dado gran fruto, los talentos se habían multiplicado, la empresa que tenía como misión llevar a cabo la Obra de Dios en la tierra había superado su primera etapa.

No cabe duda de que todo aquel trabajo santo de tantos años contribuyó a que, en 1991, los empresarios, con gran consuelo y alegría por el nuevo estímulo, pudieran leer en la Encíclica *Centesimus Annus*, de Juan Pablo II, el reconocimiento del valor social y cristiano de las empresas, de su espíritu de iniciativa y de su capacidad para organizar el trabajo de forma disciplinada y creativa: eran parte del mismo trabajo. Fue una inyección de

ánimo a los cristianos que, como propietarios y directores, tenían como profesión gobernar empresas y conducir actividades productivas.

“Llevar a Cristo a la cumbre de todas las actividades humanas” repetía incansablemente el Beato Josemaría, pensando en los gobiernos, en las universidades, en los medios científicos, en las artes y en las empresas respecto a las cuales, en la misma Encíclica citada, nos decía Juan Pablo II: “Es su trabajo disciplinado (el del hombre), en solidaria colaboración, el que permite la creación de comunidades de trabajo cada vez más amplias y seguras para llevar a cabo la transformación del ambiente natural y la del mismo ambiente humano. En este proceso están comprometidas importantes virtudes, como son la diligencia, la laboriosidad, la prudencia en asumir los riesgos razonables, la fiabilidad y la lealtad en las relaciones interpersonales, la resolución de ánimo en la ejecución de decisiones difíciles y dolorosas, pero necesarias para el trabajo común de la empresa y para hacer frente a los eventuales reveses de la fortuna”.

Fueron clarificaciones muy necesarias para la vida cris-

tiana y para la empresarial, ámbitos que en buena medida transcurrían divergentes. Por un lado, extremo, la actividad del hombre de negocios o el directivo sin escrúpulos que echaba cerrojos a toda puerta que le conectase con lo moral, con la responsabilidad social o con el deber de hacer mejores a otros y, por otro, la del cristiano apocado, incapaz de enfrentarse con iniciativas, luchas y riesgos.

El Beato Josemaría personificaba la unidad de vida. Sus puertas estaban abiertas no sólo para recibir los problemas de su entorno, animar a sus colaboradores, transmitirles su esperanza, confiar en ellos y ayudarles, sino que toda su persona se abría de tal forma a su Señor, era su presencia de Dios tan activa y permanente, que de todo hacía oración de adoración, de acción de gracias, de petición por la Iglesia y de súplica por la Obra, por sus hijos y por todos los hombres. En su corazón grande, las empresas tenían su sitio; eran campos divinos en la tierra que habían de ser trabajados y santificados bajo las nuevas luces: “Ahora hago nuevas todas las cosas” (Apocalipsis, 21, 5).

Era el suyo un afán incesante por hacer a más y más personas amigos de Dios y corredores con Cristo. “De cien almas me interesan las cien” decía, y buscaba tanto a los humildes como a personas con capacidad multiplicadora para el bien, como eran los empresarios. Cuando en 1958 se puso en marcha el Instituto de Estudios Superiores de la Empresa, confió el emprendimiento a unos pocos de sus hijos, que sabían y tenían gusto por el estudio científico y la enseñanza de las disciplinas propias del *management*, de la administración de negocios. Hoy, después de casi cincuenta años de vida, con un gran prestigio internacional, el IESE es una manifestación más de la iniciativa del Beato Josemaría, que tuvo el acierto de abordar aquel campo y de abrir horizontes a los que hacen cabeza en las organizaciones económicas. Muchos miles de profesores, alumnos y profesionales de todo el mundo han pasado por las aulas de Barcelona, de Madrid y de otros centros análogos repartidos en América.

También la Universidad de Navarra, con la cooperación de un grupo de empresarios,

fundó el Instituto Empresa y Humanismo para el estudio interdisciplinar de los problemas empresariales y del gobierno de las empresas e instituciones, así como para difundir sus hallazgos en el campo de la política económica y del humanismo en la empresa. El Beato Josemaría insistía mucho en que todos los saberes se conjugaran para tratar de responder a aquellas cuestiones más nuevas y acuciantes que irían surgiendo con los tiempos. Hoy, *entre* otras, podríamos enunciar: el gobierno de las instituciones, el concepto del empleo, las formas y motivaciones del trabajo humano, la ecología, el desarrollo de los pueblos y la dinámica de los procesos sociales y económicos, cuyo estudio sería estimulado por el Beato Josemaría con un generoso espíritu de solidaridad, de caridad, que entendía como el excederse siempre sobre la justicia estricta.

Él respondió de una forma práctica al mandato de Cristo, “Id por todo el mundo y predicad el Evangelio”, y lo hizo con la gracia del Espíritu Santo, sembrando con amor la doctrina de la santificación del trabajo como verdadero quicio

de la vida espiritual y del apostolado. Producen gran alegría los muchos cientos de comunicaciones escritas por empresarios de todo el mundo que narran sus experiencias creativas con ocasión del Centenario del nacimiento del Beato Josemaría Escrivá. Un filipino que se dedica al mantenimiento de motores diesel, dice: “No me arrepiento de mi decisión de seguir el ejemplo de una vida dedicada al trabajo que nos dejó el Beato Josemaría”. Un industrial textil de Cataluña: “De entrada, no parecía que hubiera otra alternativa que el subsidio, el desmantelamiento y el despido, pero el mensaje del Fundador del Opus Dei me llevó por otros caminos”. Un norteamericano, presidente de una compañía de productos médicos que, tras asistir a la proyección de un vídeo sobre el Beato Josemaría e inspirado por sus escritos, cambió conceptos fundamentales de su empresa: “No existimos para generar beneficios. Estos no son un fin en sí mismos, sino para seguir siendo una compañía *fuerte* e independiente... Cada persona es un individuo único, con una dignidad y un valor intrínseco independiente del trabajo que

haga... Esta empresa cree en el principio de unidad de la vida, entendida como desarrollo de toda la persona y el equilibrio *entre* trabajo y vida personal...". El "Mejor Joven Empresario 1997 del País Vasco" escribe: "En la empresa se debe conseguir que todos los que trabajan en ella logren dos cosas: mejorar su formación profesional y desarrollar sus valores humanos, de modo que el trabajo redunde en bien de su persona y de su familia». Un directivo mexicano que dice haber hecho todo su aprendizaje a la luz del espíritu del Fundador del Opus Dei, con buen humor, pone como lema en su empresa: "Mejores personas, mejor servicio... y para todos el beneficio".

La generosidad efusiva del Beato Josemaría Escrivá llegaba a todas partes, contagiaba, y sus sueños volaban muy alto y muy lejos. "Soñad, soñad y os quedaréis cortos" afirmaba con seguridad, y es que su amor sin límites era tan

práctico que enseguida se traducía en hechos y en nuevas conquistas para Dios en nuestro mundo, tal cual es, sin desconocer sus defectos ni dejarse hundir en pesimismo ni en vaciedades críticas. La clave de todo su mensaje fue "buscar al Señor en la vida ordinaria, devolver a la materia y a las situaciones que parecen más vulgares su noble y original sentido, ponerlas al servicio del Reino de Dios...". A todos, en el silencio del alma, el Beato Josemaría enseñó a ver su propia profesión y su trabajo con sentido de ofrecimiento, de adoración y de amor: de la criatura al Creador, de un hijo a su Padre, del redimido al Redentor, del que está a oscuras al que es la Luz. Enseñó un nuevo camino, no un añadido piadoso ni una ayuda coyuntural para personas bondadosas, sino un nuevo puente entre el mundo y Dios. Era una innovación transcendental, una empresa de ámbito universal, obra de Dios, hecha para durar hasta el fin de los tiempos.

